

• TRANSICIONES •

Victor Alejandro Espinoza V.



El candidato y el Presidente

Era parte de la cultura política de la sucesión presidencial en México que el candidato oficial "rompiera" con el Presidente en turno en cierto momento de la campaña. Así fue de manera notoria en las sucesiones de Miguel de la Madrid y de manera clarísima en la de Carlos Salinas de Gortari. Si bien es cierto, en este último caso el candidato accidental, Ernesto Zedillo, no lo pudo hacer de manera vehemente, ya lo había hecho el candidato original, Luis Donaldo Colosio. En uno de los grandes discursos que se le recuerden a algún candidato del PRI, el 6 de marzo de 1994 frente al monumento a la Revolución en la ciudad de México, entre otras cosas Colosio dijo: "Soy un hombre de palabra, un hombre de palabra que la empeño ahora mismo para comprometerme al cambio que he propuesto, un cambio con rumbo y responsabilidad (...) Yo veo un México con hambre y sed de justicia, un México de gente agraviada; de gente agraviada por las distorsiones que imponen a la ley quienes deberían de servirla, de mujeres y hombres afligidos por abuso de las autoridades o por la arrogancia de las oficinas gubernamentales (...) Quiero ser Presidente para encabezar esta nueva etapa de cambio en México". El rompimiento fue obvio; hay quien señala que este discurso fue el causante de su muerte, pero éste es otro tema.

El sentido de dicho rompimiento entre el candidato y el Ejecutivo era para marcar un cambio o cierto cambio en la propuesta del futuro Presidente que le diera personalidad propia y distanciarlo del "dedazo", que fue el método por medio del cual se convirtió en candidato. Ahora las cosas han cambiado. No sólo no se ha dado un rompimiento entre Francisco Labastida y Ernesto Zedillo, ya ni siquiera se avizora; ello por al menos dos razones: Murió el "dedazo" y el candidato oficial está empatado y a punto de perder la elección presidencial. Efectivamente, como sabemos, concluyó la era de la designación del gran elector del candidato del tricolor. Ese es un legado de Ernesto Zedillo. Francisco Labastida no le debe la candidatura a Zedillo, aunque era el hombre que el Presidente deseaba que fuera postulado. Labastida surgió de una elección universal que llevó a sufragar a 10 millones de ciudadanos para seleccionar al candidato entre cuatro aspirantes: Labastida, Humberto Roque, Roberto Madrazo y Manuel Bartlett. Esto evita el tener que justificar una candidatura de designación. Desde el principio Labastida pudo publicitar que era un candidato salido de un proceso democrático.

En segundo lugar, todos los sondeos indican que en la recta final, a menos de dos meses para las elecciones, Francisco Labastida y Vicente Fox se encuentran empatados en las preferencias electorales e incluso este último va ganando terreno y podría darse la alternancia en el Poder Ejecutivo por primera vez en la historia de México. Un rompimiento con Ernesto Zedillo o algún signo de división o cambio de rumbo que pudiera irritar a ciertos sectores del PRI casi sería un suicidio para el candidato oficial. Recientemente en entrevista radiofónica, Carlos Sobrino, presidente del Movimiento Territorial del PRI decía: "Hemos dado por perdido el Distrito Federal y tenemos preocupación -alerta- en tres estados: Aguascalientes, Guanajuato y Jalisco (...) La distancia con Zedillo no la vemos porque es un capital político lo que se ha hecho en el presente sexenio y no se puede romper con eso" (Radio Fórmula, Programa José Cárdenas Informa 10/05/2000). Más claro ni el agua. Atrás del ingreso de los "dinos" o "duros" a la campaña se encuentra esa explicación. Labastida llamó el 3 de mayo pasado a Manuel Bartlett, Humberto Roque Villanueva, Manlio Fabio Beltrones, Fernando Ortiz Arana y Jesús Murillo